Poesía de Indoamérica

Tirano de Sombra y Fuego

Vicente Gerbasi

Como ofreciéramos en reciente crónica y en este mismo Diario, traemos hoy a nuestra Página "DOMINGOS DE ARTE Y LETRAS" la profunda y alta voz poética de Vicente Gerbasi, trasuntada en un fragmento de su extenso y vigoroso poema "Tirano de Sombra y Fuego", en cuyas estrofas pasa la sombra alucinante de Lope de Aguirre, como una visión de aquelarre.

Pese a la imagen siniestra del personaje, Vicente logra en este poema imágenes de una honda belleza, imprimiéndole su frescor lírico, el vuelo de la metáfora sorprendente y las claras vivencias de la infancia que forman un leitmotiv de toda su poesía, desde los días adolescentes de su hermoso primer libro "Vigilia del Náufrago", al que consagramos por aquella época un comentario fraterno en las columnas de "El Universal" y en la Página Literaria de Pascual Venegas Filardo.

Vicente acaba de obtener en Caracas el Premio Nacional de Literatura con su último libro "Poesía de Viaje", el cual comentaremos debidamente cuando hayamos hecho de su contenido una lectura reposada que nos conduzca al justo análisis. Vicente siempre nos ha merecido la más alta estima, como ser humano y como poeta. Y en nuestra obra cultural-histórica "Génesis y Evolución de la Cultura en Carabobo" le hemos dedicado, fervorosamente, un juicio crítico. Hoy nos place el reencuentro con su poesía, y sentimos orgullo al traer a nuestra Página el cálido acento de su voz. Que es voz hermana.

— I —

Con un fulgor de huesos, con barro entre los dientes,
vas buscando en la sombra a tus viejos soldados
caídos en mesetas lunares del Caribe.
Por la tierra cuarteada vas pisando costillas,
desdibujando cruces que la sombra del catus
alarga entre pedruzcos. Remueves los peñascos
en busca de una tumba, en busca de tu muerte,
y sólo encuentras sapos y un lamento que nace
de las grietas volcánicas. Tu muerte ya no es muerte
en estas soledades de palmeras quemadas,
de arbustos renegridos de palmeras quemadas,
Tu muerte ya no es muerte, sino un viaje que empieza
en las cumbres incáicas y sigue por las selvas
y pasa a nuestra tierra que reservó la noche
para que tu habitaras gobernando en el tiempo
fuegos fatuos, aullidos y el canto de los gallos.

— II —

En barcos fantasmales, con gritos, con espadas,
bajaste por los ríos al gran río de América.
Penetraste en la selva de plantas sudorosas,
en la selva que enciende luciérnagas de lluvia,
dando lumbre a las flores primarias de la tierra.
Penumbra donde vuelas mariposas de fuego.
Ambito de las aves más bellas de este mundo.
Espacio que vigilan los jaguares del tiempo.
Sombra verde, poblada de pasos invisibles.
Resonancia del mar, del cielo, de la muerte.
En élla no combaten las noches y los días.
En élla pasan juntas las sombras y la luz.
En élla se detiene el tiempo entre las lianas,
y sólo se renueva en el amor oculto
de insectos como joyas, de fieras que se muerden,
de serpientes que trenzan sus babosos colores.
Entraste a esta morada sin techo y sin estrellas,
sin caminos ni sol, donde se oye la muerte
mordiendo en la hojarasca, huesos, ramas, almendras.
Se apoderó de ti la verde alma sangrienta
del hosco Curupira, que defiende los árboles,
y amansa los caimanes, y recoge el veneno
de húmedos alacranes, y camina hacia atrás
para perder la gente en el cálido vaho
de aguas que se fermentan con flores y gusanos.
Te envolvió entre las redes de peludas arañas
que llenan de lamentos los ocultos rincones
del alma de Canaima.
Te produjo el insomnio con nubes de zancudos.
Te transmitió la fiebre de lentas llamaradas.
Te dio a comer raíces que conocen los brujos.
Y te hundió en el delirio del polen que en la sombra
engendra la arboleda de los duendes azules.
Cuando saliste al mar ibas sólo y perdido.
sólo entre tus soldados, bajo una lluvia lenta

— III —

Eras un golpe sordo de la muerte,
un signo doloroso en la tiniebla,
la respuesta de un eco que maldice
de barranco en barranco.
Caías en regiones del verano,
como un ángel oscuro que desata sus fuerzas
entre piedras nocturnas de rojas geografías.
Levantabas el fuego del fondo de la noche
para mirar tu gente dormida entre los ásboles,
para mirar tus muertos,
la cara de tus muertos,
los ojos de tus muertos,
los dientes de tus muertos,
la pobre ropa triste
de soldados dormidos para siempre en la yerba
bajo un silencio lento de zamuros.
Ibas de hora en hora y regresabas,
cojo de oscuridades,
con monótono golpe de ataud,
de madera de muerte,
sonando con tus armas,
sonando en el silencio de la noche,
sonando en el silencio de los astros,
sonando en el silencio de las ranas,
rumiando alguna muerte,
una traición luctuosa en tus amigos.
Ibas solo en la sombra como un odio.
Te gustaba el terror que estremece las selvas y los ríos
cuando combaten roncas las fiebres en la noche.
Y tus ojos caían en aguas que descienden con lumbres infernales
hacia fondos de llanto.
Ibas buscando el oro que brilla en las vertientes.
removiendo las tierras de la muerte,
imperios vegetales,
hiriendo el árbol negro que segrega resinas venenosas
y dora en su follaje las frutas de la fiebre.
No tuviste castillos ni palacios,
como tu rey en campos de Castilla.
No tuviste carruajes ni alamedas,
ni feudos con iglesias y olivares.
Pero tu eres el dueño de selvas donde nacen
las más bellas serpientes,
donde las mariposas, de lento vuelo rojo,
hechizan los espacios,
donde duermen los pumas como formas sagradas.
Y eras dueño de ríos que bajan de los Andes
cruzando territorios de viejas brujerías.
Allí estaba tu fuerza, cojo de oscuridades.
Allí caían las lluvias
que lanzan al crepúsculo densas nubes de insectos.
Allí estaba tu imperio de vastas soledades,
las grises termiteras como templos,
las taciturnas aguas de las garzas,
las arenas fluviales pobladas de tortugas,
los cactus ardorosos en ásperas comarcas que semejan
desiertos cementerios aborígenes.
Y allí estaba tu muerte dispersando en la noche tu fantasma.